

Zonas de alteridad

Günter Grass (1927-2015)

Mauricio Molina

El último redoble de Oskar Matzerath: a menudo nos olvidamos de que la literatura tiene sus propios tiempos. El tiempo que va de *Madame Bovary* a *El perfume* es muy diferente al que marcan los calendarios y las efemérides. El Premio Nobel es muy relativo. Basta con recordar que ni libros como *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, *Ulises* de James Joyce, ni la obra de Kafka y de Borges, ni *Pedro Páramo* de Juan Rulfo han sido suficiente para merecer el premio. Borges decía que el Premio Nobel sólo servía para dar a conocer a nuevos autores. Es cierto que Neruda, Pasternak, Octavio Paz, Samuel Beckett y unos cuantos ejemplos brillantes más lo han merecido. El Premio Nobel, a pesar de todas las críticas que se le pudiera hacer, sigue siendo el más importante reconocimiento en la literatura mundial.

El premio concedido al escritor alemán Günter Grass en 1999, cuya obra va más allá de los reconocimientos, se convirtió en polémico cuando nos enteramos de una verdad a voces que no empaña el genio de nuestro autor: que el escritor había sido soldado nazi en su juventud. Esto desató dudas y críticas ácidas que el propio Grass intentó paliar, con mediano éxito.

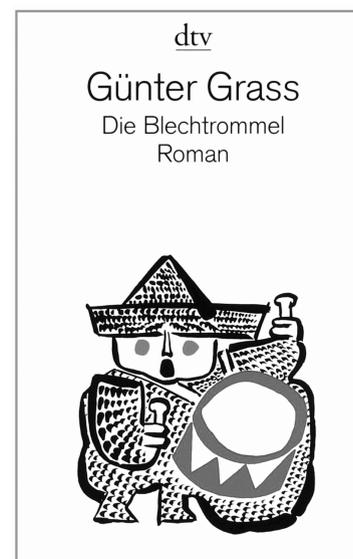
Sumergido en una herencia literaria que hunde sus raíces en el Romanticismo alemán y en la literatura del Renacimiento, Grass funde a Cervantes y Jean Paul, a Swift y Rabelais. La obra de Günter Grass demuestra que las generalizaciones son malas. La caída del nazismo demostró que la literatura alemana tenía buena salud. Ni Goebbels ni Hitler pudieron apagar las voces de Thomas Mann, Paul Celan, Ernst Jünger. A menudo se ha dicho que la lengua alemana tenía que purgarse de la infección contaminante del nazismo. Sin em-

bargo, suele olvidarse que la literatura y el arte trascienden los acontecimientos históricos. Hay que recordar que Napoleón no pudo entenderse con Beethoven.

El tambor de hojalata de Grass es un verdadero prodigio narrativo, una caricatura sórdida y funambulesca, plena de humor negro y realismo mágico, en la atmósfera de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. La novela fue llevada al cine por el director Volker Schlöndorff, en una muy afortunada aunque incompleta versión cinematográfica.

La novela cuenta la historia de Oskar Matzerath, un niño alemán de Danzig (hoy Gdansk), quien decide dejar de crecer cuando los nazis invaden Polonia. Convertido en enano de circo al servicio de los nazis, Oskar vive en un ambiente de oficiales nazis, giras por el frente y fiestas decadentes. El filme de Schlöndorff se detiene en el momento en que los rusos invaden Danzig y termina la dictadura hitleriana. Grass, en la tercera parte de su novela, cuenta las vicisitudes de Oskar durante la posguerra y su decisión final de empezar a crecer. Oskar Matzerath es una invención fundamental: el terrible y entrañable espejo de una humanidad enloquecida e infantil tratando de destruirlo todo a gritos. Un enano en un país que en ese tiempo buscaba la perfección de la raza es la caricatura perfecta: una carcajada de la especie humana, de lo diverso y distinto, de lo que no admite proporciones ni estereotipos pasteurizados, frente al pulcro ideal de la supremacía racial.

Grass es heredero al mismo tiempo de los dibujos de George Grosz que de las esculturas fantásticas de Max Ernst. Hereda del expresionismo y del surrealismo una visión mágica de la realidad. Pese a



sus grandes diferencias, recuerda el mundo milagroso de Gabriel García Márquez. Como el escritor colombiano, Grass echa mano de la realidad más inmediata para trastocarla, de modo que cada acto cotidiano parezca fantástico y que lo onírico y grotesco se conviertan en algo común y corriente. Un penetrante sentido de la observación y una imaginación desbordada son los ingredientes de un realismo mágico que va mucho más allá de las interpretaciones académicas y fáciles.

Oskar Matzerath y su mágico grito destructivo es heredero de “Josefina la cantora o El pueblo de los ratones”, de Kafka, lo mismo que del balbuceo hermético de Paul Celan, y es antecesor de Grenouille, el protagonista mago de *El perfume* de Patrick Süskind. Grass escribe en un realismo bizarro e hipertélico, es decir, que va mucho más allá de sus fines, como si se tratara de un pintor del siglo XVI. El nazismo en los ojos de Brueghel y El Bosco. Quizá no sea casual que Grass haya recibido la noticia de que el Premio Nobel le había sido otorgado cuando estaba con su dentista.

El redescubrimiento de lo grotesco para la literatura moderna, la exploración de lo bizarro y asombroso, la crítica siempre imaginativa de la realidad, definen la obra de Günter Grass. En una época como la nuestra, cuando la literatura tiende a parecerse en la planificación del *best-seller* y del éxito inmediato, su obra brilla intensa entre tantas falsificaciones y novelistas desechables. **U**